3635

# DON PEDRO DE PORTUGAL

TRES ACTOS EN PROSA

POR

RICARDO ZÚÑIGA

MADRID
EST. TIP. VIUDA É HIJOS DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4
1898

16

# DON PEDRO DE PORTUGAL

TRES ACTOS EN PROSA

POR

RICARDO ZÚÑIGA



MADRID
EST. TIP. VIUDA É HIJOS DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4
1898

## PERSONAJES

D. Alfonso, Rey de Portugal.
D. Pedro, su hijo.
Doña Inés de Castro.
Petra Sánchez.
Dionis. }
Juan. } Niños.
Beatriz. }
Juan de Neiva.
El Conde de Barcellos.
Rodrigo de Alfarella.
El Marqués de Vizela.
Alvaro González.
Pedro Coello.
Diego López.
Gonzalo Pérez, notario.
Andrés.
Esteban.
Tres embajadores, dos cortesanos, un mensajero, tres asesinos, obispos, nobles, capitanes, guardia real, pueblo, soldados, pajes y criados.

# ACTO PRIMERO

Coimbra. — Un salón en el Palacio Real.

## ESCENA PRIMERA

JUAN DE NEIVA y GONZALO PÉREZ.

Neiva. D. Alfonso no desiste de su propósito: quiere que su hijo se case con alguna Princesa, y D. Pedro, claro, se excusa con las mejores disculpas que encuentra.

G. Pérez. A mí me parece que el Rey ha debido sospecharse ya la causa de que D. Pedro no quiera casarse, porque se van haciendo muy públicos sus amores con Doña Inés, aunque hay muy pocos que sepan que está casado con ella.

Neiva. Sí; el Rey y todos sus Ministros saben, de seguro, que D. Pedro está enamorado de Doña Inés; pero ninguno cree que esté casado con ella.

G. Pérez. Ni lo sabrán nunca, porque no creo yo que vaya á faltar á la palabra empeñada ninguno de los pocos que asistieron al casamiento, á no ser que lo diga el mismo D. Pedro, lo cual no me parece difícil si su padre le apura mucho y se empeña en que se ha de casar con una de esas Princesas.

Neiva. Bien; y en ese caso se me ocurre una duda. ¿Don Pedro y Doña Inés, son primos?

G. Pérez. Sí.

Neiva. ¿Sabéis si al casarse tenían dispensa pontificia para hacerlo?.... pero dispensad; si os parece que no debéis decírmelo, callaos; dísteis todos palabra de no revelar á nadie nada que se relacionara con ese matrimonio, y no quiero que faltéis á ella por mí.

G. Pérez. Eso sería ya exagerar demasiado las cosas, Neiva,

678444

porque estoy seguro de que si no lo sabéis es porque no se os habrá ocurrido preguntárselo á D. Pedro; y si yo no os lo dijera, os lo diría él en cuanto se lo preguntárais; así que os diré que al casarse D. Pedro tenía una Bula pontificia en la cual se le dispensaba el matrimonio con cualquiera parienta suya desde el cuarto grado en adelante, como consta en el acta que yo levanté.

NEIVA. De manera que llegado ese caso de que el Rey se empeñe mucho y que D. Pedro se vea obligado á declararle la verdad, podrá éste hacer valer como legítimo ese matrimonio.

G. PÉREZ. Claro está. (Se van por la izquierda.)

## ESCENA II

Entran por la derecha el Rey D. ALFONSO, el Conde de BARCELLOS, ALVARO GONZÁLEZ, PEDRO COELLO y DIEGO LÓPEZ.

D. ALF. ¿Estáis seguro de que el amor de esa joven es lo que distrae á mi hijo y le hace rechazar todos los matrimonios que yo le propongo?

A. GONZ. Para mí es indudable.

D. ALF. ¿Y vos qué decís, Conde de Barcellos?

BARC. Señor, yo opino lo mismo.

D. ALF. Pues ya podía el heredero de Portugal dejar en paz á la hija de un Fernández de Castro..... aunque sea pariente mío.

BARC. (Aparte.) Lo que es si de mí dependiera, ahora mismo mandaba á pedir á Roma la dispensa del parentesco para que se casaran en seguida.

D. LÓPEZ. Mirad que viene el Príncipe por aquí.

## ESCENA III

Los mismos y D. PEDRO.

D. PEDRO. Salud, señores, padre mío..... nobles amigos..... ¿Qué nuevas hay del ejército que está en campaña?

COELLO. Señor, no hemos tenido ninguna noticia desde hace

dos días. Las últimas decían que atravesaron el Tajo y siguen victoriosos por territorio de moros.

D. PEDRO. Y el Príncipe heredero de la Corona está en la corte muy cómodamente mientras tanto.

D. ALF. Aún no se ha encontrado con ningún enemigo formal; pero creo que no tardará el Rey moro en salirles al encuentro con un buen ejército.

D. PEDRO No, pues si no había de salirles nadie al encuentro, la verdad, más quisiera quedarme aquí; porque eso de atravesar tierras enemigas indefensas, cualquiera lo hace.

D. ALF. ¿No ves que una flecha puede poner fin á tu vida?

D. PEDRO. Señor, el primer soldado del reino debe ser el Rey, y cuando éste ya no se halla en disposición de salir á campaña, como vos ahora, debe sustituirle su hijo mayor, el heredero de la Corona, y antes de mirar por mi vida debéis mirar por la de los nobles y villanos que están en campaña.

D. ALF. ¿No ves que si tú mueres el reino queda sin heredero?

D. PEDRO. ¡Como si no tuviérais en el mundo más parientes que yo!

D. ALF. Dí, ¿qué tiene la Infanta de Navarra para que no la consideres digna de ser tu esposa?

D. PEDRO. Es muy noble doncella la Infanta de Navarra para que yo la considere indigna de ser mi esposa, sólo que...... tenemos distinto carácter y nos avendríamos mal.

D. ALF. ¿Y la hija del Duque de Lancáster?

D. PEDRO. No la conozco siquiera. Pero la verdad, yo no creo que soy un viejo todavía, y por eso me atrevo á rogaros que dejéis á mi parecer esta cuestión, porque el tiempo no apremia; más quisiera que me dejárais incorporar al ejército: para esto hay menos tiempo que perder.

D. ALF. Ya lo pensaré.

D. PEDRO. Os ruego que lo penséis pronto y os decidáis á mandarme en seguida. Y ahora permitidme que me retire en compañía del Conde de Barcellos, si no nos necesitáis á ninguno de los dos.

D. ALF. Id donde os parezca.

D. PEDRO. Salud, nobles señores. Adiós. (Se van D. Pedro y Barcellos.)

## ESCENA IV

Los dichos, menos D. PEDRO y BARCELLOS.

D. ALF. Sí, Doña Inés debe ser la causa.

COELLO. El pueblo murmura mucho de esa señora y pudieran ocurrir desórdenes por su causa.

D. ALF. ¿Y qué dice el pueblo?

COELLO. La gente no hace más que recordar los estragos de la guerra causada por el ambicioso D. Sancho, y dicen que tarde ó temprano es ineludible otra guerra civil si vuestro hijo muere sin sucesión.

D. ALF. ¿Y esas gentes, sin duda, saben la causa de que el Príncipe no quiera casarse?

COELLO. Todos deben saberlo, señor; porque es muy difícil que una noticia como esa la sepan algunos sin saberla toda la ciudad, sobre todo entre la gente baja, y yo sé positivamente que algunos villanos conocen esa causa.

D. ALF. Bien, ¿y de qué lo saben? ¿dónde han visto á mi hijo con esa mujer? ¿qué pruebas tenéis?

A. GONZ. Señor, yo diría á V. A. el sitio en que el Infante D. Pedro y Doña Inés se suelen ver, si no temiera que os disgustárais con vuestro hijo. Siempre son sensibles para nosotros los disgustos entre nuestra Real familia.

D. ALF. Pues yo te mando que lo digas ahora mismo..... en seguida.

A. GONZ. Señor, en una fuente que hay en los jardines del Palacio se ven todos los días en cuanto empieza á ser de noche. (Pequeña pausa.)

D. ALF. ¿De manera que hoy también irán á esa fuente al anochecer?

A. GONZ. Señor, yo creo que sí, y perdonadme si me equivoco.

D. ALF. Bien. (A D. López.) Id á decirle al Príncipe que se prepare para marchar hoy mismo á reunirse al ejército, y esta tarde al anochecer estaréis aquí los tres para ir á ver á esa joven en el jardín. Tú (á González) nos dirás el sitio donde está.

A. GONZ. Está bien, señor. (López se va.)

D. ALF. ¿Y, según decíais, el pueblo opina lo mismo que yo, que mi hijo debe casarse?

COELLO. Lo mismo, señor; y también dice que mientras viva Doña Inés no se conseguirá. (D. Alfonso se pasea algo agitado.)

A. GONZ. Y que si ha de estallar una guerra civil, entre la muerte de tanta gente como puede perecer en ella y la de una mujer, no se debe dudar en escoger.

D. ALF. ¿Y á quién habéis oído eso?

A. GONZ. Todo el mundo lo repite.

COELLO. Señor, todos los súbditos de V. A. estamos interesados en que la Corona de Portugal no carezca de heredero; y si una mujer impide que le tenga, esa mujer debe sacrificarse ante el bien de la nación.

D. ALF. Bien..... iros..... al anochecer estaréis aquí.

GON. Y C.º Vendremos, señor.

A GONZ. (Aparte.) Esa familia de Castro ~~me ha fastidiado á mí mucho;~~ siempre ha sido enemiga mí pero Doña Inés creo que me lo va á pagar todo. (Se van González y Coello.)

D. ALF. (Se está un rato muy pensativo; luego dice:) Llevaré tres hombres armados. (Y se va.)

## ESCENA V

Cámara del Príncipe D. Pedro.

Entran D. PEDRO y NEIVA, y luego un PAJE.

D. PEDRO. Sí, Neiva: no abandona su empeño de querer casarme con una Princesa de esas; hace poco me lo ha vuelto á recordar otra vez.

NEIVA. Señor, mi parecer es (y permitidme que os lo diga sin rodeos) que le digáis la verdad completa.

D. PEDRO. No, no, sé que no le había de gustar; él quiere que yo me case con alguna Princesa de familia real, con la hija del Rey de Navarra ó del Duque de Lancáster, pero no se resignaría si supiera que Inés es mi esposa y pediría la anulación de nuestro matrimonio.

NEIVA. Pudiera no conseguir que le anularan. Y me parece un deber deciros que todo el pueblo de Coimbra está enterado de vuestros amores con Doña Inés, y sabiéndolo todo el pueblo es lo más probable que también lo sepa vuestro padre.

D. PEDRO. Sí; pero excepto unas cuantas personas nadie sabe que estoy casado con ella: todos creen que son unos amores pasajeros.

NEIVA. Pero si D. Alfonso está enterado de ello, aunque crea que son unos amores pasajeros, achacará á esos amores la causa de que os neguéis á tomar una esposa; y ya, sabiendo la causa, casi da lo mismo que se lo digáis todo.

D. PEDRO. No, Neiva, no: yo no le diré á mi padre una palabra más que en el último extremo, cuando ya no tenga otro remedio. Ahora lo que me convendría sería que me dejara marchar á reunirme al Ejército, porque así, además de cumplir con el deber que tengo de estar allí, se pasaría una temporada sin que me volviera á hablar de este asunto.

NEIVA. Está muy preocupado porque tengáis un primogénito, y mientras crea que no le tenéis, mirará mucho más por vuestra vida y siempre estará temiendo que os ocurra una desgracia.

D. PEDRO. Sí, tienes razón: esta mañana también le he rogado que me deje marchar y no hay manera de convencerle. (Entra un Paje.)

EL PAJE. Señor, el Ministro Diego de López pide permiso á V. A. para entrar á deciros un recado del Rey vuestro padre.

D. PEDRO. Dile que entre ahora mismo (Se va el Paje.) ¿Qué me querrá ahora mi padre? (Entra Diego López.)

## ESCENA VI

D. PEDRO, NEIVA y DIEGO LÓPEZ.

D. LÓPEZ. Señor, vuestro padre me envía á decir á V. A. que se prepare para marchar en seguida á reunirse al Ejército que está en campaña.

D. Pedro. ¡Cómo! ¿á reunirme al Ejército?

D. López. Señor, eso me ha dicho.

D. Pedro. Y que me prepare ahora mismo?

D. López. Dice que saldréis hoy y lo más temprano posible.

D. Pedro. Pues me extraña esa orden después de lo que me ha dicho hace un momento; creo que estabáis vos allí.

D. López. Sí, yo estaba allí.

D. Pedro. ¿Y qué ha pasado para que tan pronto cambie de parecer?

D. López. Yo no sé, señor..... él me ha dado esa orden..... y yo no sé más.

D. Pedro. Pues decidle que será complacido, que dentro de una hora estaré en camino. En seguida iré á despedirme de él.

## ESCENA VII

D. PEDRO y NEIVA.

Neiva. Muy extraña me parece esa orden, D. Pedro, muy extraña.

D. Pedro. Y á mí también; pero ya ves..... veleidades de los hombres, que tan pronto piensan una cosa como otra y ya que me manda esto, lo mejor es aprovechar la ocasión antes de que pueda mandarme otra cosa..... pero no hay tiempo para nada..... mira, mejor es que tú te quedes hasta la noche y luego saldrás á alcanzarme.

Neiva. Haré lo que os parezca, D. Pedro.

D. Pedro. Te daré una carta para Inés.... no puedo despedirme de ella..... ya sabes donde estará al anochecer.

Neiva. Sí, ya sé el sitio. Si me permitiérais una pregunta.....

D. Pedro. ¿Qué?

Neiva. Vuestro padre os ha vuelto á decir hace poco que era necesario que tomárais una esposa.

D. Pedro. Sí.

Neiva. ¿No notásteis algo de particular en él cuando os lo dijo?

D. Pedro. No, ¿por qué?

Neiva. Nada..... era una curiosidad.

D. Pedro. Pues no te entiendo, Neiva. No sé á qué viene esa curiosidad ahora.

Neiva. Perdonadme.

D. Pedro. Pues no acabo de comprenderte..... Bien..... voy á escribir. (Se pone á escribir.)

Neiva. (Aparte.) Pudieran no tener fundamento mis sospechas..... y si le dijera á D. Pedro mis recelos es muy posible que fuera yo causa de algún disgusto entre él y su padre..... y quizá sin ningún motivo.

D. Pedro. (Cuando acaba de escribir dobla la carta y se la da á Neiva.) Toma..... ya sabes dónde has de dársela y á qué hora.....la dirás que me ha mandado marchar mi padre, pero no que le he rogado yo para que me deje.

Neiva. Todo lo haré así.

D. Pedro. Gracias..... hazlo bien..... te lo agradezco mucho, Neiva.

Neiva. No hago más que mi deber, D. Pedro.

D. Pedro. Bien..... Cuando hayas concluído con el encargo sales para el campamento. Dejaré para tí parte de la escolta que haya de acompañarme. Es lo más probable que no me alcances en el camino porque pienso ir muy ligero.

Neiva. Saldré en seguida que haya entregado la carta; pero os suplico que no dejéis ningún hombre para que me escolte porque iré mucho mejor con mi escudero solamente y así nadie se fijará en nosotros.

D. Pedro. Bien: pues si es ese tu gusto, no se quedarán; vamos. (Se van.)

## ESCENA VIII

Una plaza pública de Coimbra.

Está anocheciendo. Hay varios grupos de ciudadanos que hablan entre sí. Al grupo en que hablan el diálogo que sigue se van agregando los ciudadanos de los demás grupos hasta formar todos uno solo.

Ciud. 1.º ¿Vísteis salir esta mañana al Infante D. Pedro?

Ciud. 2.º Yo sí; dicen que va á mandar el Ejército que está en tierra de moros, y he oído decir también que el Rey no le quería dejar ir á la guerra y que él no ha pa-

rado de rogárselo hasta que ha conseguido que le deje.

CIUD. 3.° Es muy animoso.

CIUD. 1.° Cuando salía de la ciudad esta mañana estaba yo solo á la puerta de mi casa; y porque me quité la gorra cuando pasó, me saludó lo mismo que si yo fuera algún señor ó marqués.

UN CIUD. Es muy noble.

OTRO. Y muy valiente.

CIUD. 2.° Creo que el Rey quiere que se case con alguna Princesa y no puede conseguirlo; no quiere casarse de ninguna manera.

CIUD. 4.° Y la culpa de ello la tiene una señora que yo me sé.

CIUD. 5.° Doña Inés de Castro.

CIUD. 4.° La misma.

CIUD. 1.° A mí me ha dicho un escudero del caballero Alvaro González que si el Príncipe no se casa y tiene sucesión, el Infante D. Sancho promoverá otra guerra como la anterior porque querrá otra vez apoderarse de la Corona.

UN CIUD. ¡Y todo por esa tía!

OTRO. Que se vaya á tomar vientos Doña Inés.

CIUD. 2.° Al Rey no le puede agradar mucho Doña Inés, porque ya sabéis que quiere que su hijo se case con una Princesa extranjera.

CIUD. 5.° Pues entonces, ahora que D. Pedro está en la campaña, nosotros debemos pedir al Rey que destierre ó haga desaparecer de cualquier otro modo á esa mujer que ha de ser tan funesta. No dudéis de que el Rey nos dará la razón.

UN CIUD. Muera esa farsante que está engañando al Príncipe.

EL PUEB. ¡Muera!

UN CIUD. ¡Viva el Infante D. Pedro!

EL PUEB. ¡Viva!

UN CIUD. Vamos delante del Palacio á pedir la muerte de esa ramera.

EL PUEB. ¡Vamos! ¡vamos!

CIUD. 3.° Esperad un poco, amigos; oidme una palabra.

CIUD. 5.° Aunque sean veinte te oiremos, pero habla pronto.

CIUD. 3.° ¿Deseáis causar un gran disgusto al Infante D. Pedro y provocar su ira contra nosotros mismos?

CIUD. 5.º ¡Vaya una pregunta! ¿Cómo hemos de querer disgustar á un Príncipe tan noble? ¿No ves que le estamos victoreando?

CIUD. 3.º Pues de seguro que no sabéis el amor que profesa á esa señora á quien estáis dando mueras, porque si lo supiérais y no deseárais causarle la mayor herida que se le puede causar con palabras, nunca daríais tales gritos.

CIUD. 5.º Si le está engañando como á un chiquillo.

VARIOS CIUDS.—Que se calle ese. ¡Fuera! Echadle de aquí.

CIUD. 3.º Creo que ni siquiera conocéis á Doña Inés de Castro.

VARIOS CIUDS.—Ni nos hace falta conocerla. Echadle de aquí. Que se vaya.

UN CIUD. ¡Viva el Infante D. Pedro! ¡viva el modelo de caballeros!

EL PUEB. ¡Viva!

EL MISMO CIUD.—¡Muera Doña Inés de Castro!

EL PUEB. ¡Muera! ¡Al Palacio! ¡vamos!

## ESCENA IX

La fuente que luego se llamó «de los amores» en los jardines del Palacio Real de Coimbra.—Anochece.

Entran DOÑA INÉS DE CASTRO y PETRA.

DOÑA INÉS. Aún no ha venido; quizá sea cierto lo que te han dicho.

PETRA. Yo no sé. Oí que habían salido unos caballeros de la ciudad, y que al frente de ellos iba D. Pedro, y se preguntaban las personas á quienes se lo oí si irían á la guerra de los moros.

DOÑA INÉS. Pero ayer no me dijo nada á mí.

PETRA. Puede haber sido una cosa repentina y como él no quiere ir á cualquier hora á vuestra casa porque sospecharía mucho la gente, no habrá encontrado medio de deciros nada.

DOÑA INÉS. ¡Ay! Dios quiera que no sea verdad, porque ya ves, en la guerra, una flecha..... ¡ay Dios! más vale que no sea verdad.

PETRA. No debéis pensar én esas cosas, señora: quizá dentro de un momento se nos presente aquí; puede suceder que todo sea nada más que una equivocación, ó que haya querido salir con toda aquella escolta á pasear fuera de la ciudad.

DOÑA INÉS. Y aunque haya ido á la guerra, ¿qué voy á hacer yo más que agachar la cabeza si se lo ha mandado su padre?

PETRA. Quizá venga dentro de un momento á darnos un chasco.

DOÑA INÉS. Así sea, Petra. (Entra Neiva.)

## ESCENA X

### DICHAS y NEIVA.

NEIVA. Señoras..... Dios os guarde.

DOÑA INÉS. ¡Ay, Neiva! ¿marchó D. Pedro, es cierto?

NEIVA. Se lo mandó su padre y tuvo que obedecerle.

DOÑA INÉS. ¡Ah! sí..... tenéis razón.

NEIVA. Señora, ya veis que no tenía otro remedio que obedecer sin replicar nada, porque es el Príncipe heredero de la corona, y si se negara á ir á la guerra, hablarían mal de él los nobles y el pueblo.

DOÑA INÉS. Bien..... dejadlo; ¿y qué os dijo para mí? ¿no os dió algún recado?

NEIVA. Me dió esta carta para que os la entregara. (La da una carta.) Como no pudo despedirse de vos por lo repentina que era la orden, porque su padre le mandó que saliera hoy mismo, me dijo que me quedara para dárosla.

DOÑA INÉS. Voy á ver qué dice. (Lee aparte la carta.) «Mi querida Inés: mi padre me manda marchar ahora mismo á la guerra contra los moros; no puedo despedirme de tí por eso. Adiós. Abraza á nuestros hijos. Pronto volveremos á vernos. Adiós. Neiva, mi mejor amigo, te dará esta carta.» (A Neiva.) ¿Vais á ir vos también á donde está el ejército?

NEIVA. En cuanto me separe de Vuestra Excelencia, si no me mandáis hacer otra cosa. No fuí con vuestro es-

poso sólo porque me mandó quedarme para daros esa carta.

Doña Inés. Entonces cuidad de que no exponga su vida, Neiva, por Dios os lo suplico. Dicen que él suele ponerse en los sitios de mayor peligro en las batallas. No os separéis de él, por Dios.

Neiva. Es muy noble y dice que él, como Infante que es, debe ser el primero en atacar; pero creed, señora, que de los que le rodean no hay ninguno que no se dejara matar por defenderle. Quizá recordándole el encargo que me hacéis logre contenerle algo, y procuraré hacerlo, que á mí también me es muy cara su vida.

Doña Inés. Gracias..... Os lo agradezco con toda el alma.

Neiva. No hago más que mi deber, señora. Todo lo que haga por él no es bastante para pagarle el aprecio que me tiene..... ¿Me permitís retirarme para marchar ahora mismo á donde está el ejército?

Doña Inés. Id, Neiva, y que Dios os acompañe; decid á D. Pedro que rogaremos por él en la iglesia mientras esté en campaña, y no os olvidéis de lo que os he dicho: cuidad de él.

Neiva. Cumpliré vuestros mandatos lo mejor que pueda..... Permitidme una pregunta: ¿no habéis temido nunca nada del Rey vuestro tío?

Doña Inés. ¡Ay! No sé..... Sí..... ¿Por qué me hacéis esa pregunta?

Neiva. Nada, porque se me ocurrió, y dispensad que os la haya hecho. ¿Queréis que os acompañe á vuestra casa? Está la noche algo obscura.

Doña Inés. No, dejadnos á Petra y á mí, siempre vamos solas; está muy cerca.

Neiva. Salud, señoras, quedad con Dios.

Doña Inés y Petra. Que Él os guíe en la guerra.

Neiva. (Aparte.) Dios quiera que sea una ilusión mía. (Se va.)

## ESCENA XI

DOÑA INÉS y PETRA.

DOÑA INÉS. ¿Por qué me habrá preguntado Neiva si temo algo de D. Alfonso?

PETRA. Pues ya se lo oísteis, porque se le ocurrió; pero yo creo que debía haberse callado esa pregunta aunque se le haya ocurrido.

DOÑA INÉS. No, quizá haya tenido algún motivo particular para hacerla. Me ha infundido algo de miedo esa pregunta, y luego la ausencia de D. Pedro..... Vamos, vamos á casa.

PETRA. Señora, no veáis visiones.

DOÑA INÉS. No, déjalo..... Vamos á rezar por D. Pedro. (Van á salir y se encuentran con D. Alfonso y los demás, que entran por la izquierda.)

## ESCENA XII

DOÑA INÉS, PETRA y D. ALFONSO; A. GONZALEZ, P. COELLO y D. LÓPEZ, que entran. Luego BARCELLOS y tres asesinos.

A. GONZ. Aquí es, señor..... Mirad.

DOÑA INÉS. ¡Ay! El Rey..... Señor.....

D. ALF. ¿Qué hacéis aquí, señora?

DOÑA INÉS. Nada..... Iba..... paseando.

D. ALF. Excelente hora para pasear.

PETRA. Señor, fuimos muy lejos de paseo y distraídas no notamos que iba haciéndose de noche hasta que ya era algo tarde; ahora íbamos á nuestra casa.

D. ALF. (A Doña Inés.) ¿No sabéis que mi hijo D. Pedro ha marchado á hacer la guerra á los moros?

DOÑA INÉS. (¡Ay!) No sé..... No..... No lo sabía.....

D. ALF. Sí, es cierto: si lo supiérais no estaríais aquí.. González, ¿qué pruebas tenéis de que esta mujer es la amante de mi hijo?

DOÑA INÉS. (Aparte.) ¡Oh, Dios mío! Ayudadme.

GONZÁLEZ. Señor, yo la he visto venir aquí muchas veces á esta misma hora, al mismo tiempo que venía vuestro hijo; puede haber sido una casualidad, ¿qué sé yo? Quizá sea sólo una casualidad. Yo siento mucho tener la obligación de decir.....

D. ALF. (Interrumpiendo á González.) Y vos, Coello, ¿qué pruebas tenéis?

COELLO. Yo he visto á vuestro hijo entrar en casa de Doña Inés, y tengo por indudable que es su amante, y lo afirmo, porque es una cosa que sabe todo el mundo.

PETRA. (Aparte.) ¡Oh, Dios, qué lazo nos han tendido! ¡Qué cobardes! Para esto han hecho salir á D. Pedro.

D. ALF. ¿Y vos, Diego López?

LÓPEZ. Señor, yo no me atrevería á asegurarlo; pero creo que sí..... Se lo he oído á mucha gente.

D. ALF. (A Doña Inés.) ¿Os habéis confesado, señora?

DOÑA INÉS. ¡Ay!

PETRA. (Aparte.) ¡Que si se ha confesado! ¿Y á qué la preguntará eso?

D. ALF. Contestad, señora. ¿Hace mucho tiempo que no os habéis confesado?

DOÑA INÉS. Hará como un mes..... no sé..... no recuerdo bien.

D. ALF. Pues encomendad á Dios vuestra alma, porque vais á morir.

DOÑA INÉS. ¡Ay! (Cae desmayada.)

PETRA. ¡Señora, por Dios! Doña Inés, si no es nada. Señores, si no tenéis el corazón de piedra, traed un poco de agua de la fuente, por misericordia; mojaos las manos para refrescarla la frente, que quizá esto la reanime. (A. González, Coello y D. López, hacen lo que les dice Petra. Doña Inés se va reanimando con el agua.) Vamos, señora, reanimaos; no os preocupéis de nada.

DOÑA INÉS. Mis hijos Dionis, Juan, Beatriz, ¿dónde están? Venid aquí, traedlos.

PETRA. No la hagáis caso, señor; dejadla, que está delirando.

D. ALF. Levantadla. (La levantan entre Petra y los otros.) ¿Estáis enferma?

PETRA. Sí, señor; miradla: dejadla hasta mañana, D. Alfonso; hasta mañana nada más.

DOÑA INÉS. (Se arrodilla ante D. Alfonso.) Señor, por Dios os lo pido, no me separéis de ellos. Llevadme á un castillo, el más apartado que tengáis, donde no vea nunca la luz del día; pero llevadme con ellos: yo os prometo no volver á pensar en D. Pedro..... ved que son vuestros nietos, que quedan sin amparo.

PETRA. Yo puedo morir en vez de ella, señor. Matadme y dejadla á ella vivir.

D. ALF. Levantaos. ¿Es decir, que tenéis hijos que son nietos míos?

DOÑA INÉS. Sí, señor.

D. ALF. (Después de pasearse un poco agitado y pensativo.) Vete; estás perdonada. Esperadme ahí fuera un momento, que voy á ir á verlos á vuestra casa.

PETRA. ¡Oh! gracias, gracias, señor. El cielo os lo pagará. (Se van.)

GONZÁLEZ. No, de este modo no se adquiere la amistad del Rey de Navarra.

D. ALF. ¿Qué es lo que murmuráis por lo bajo?

GONZÁLEZ. Nada, señor; que según mi humilde parecer, el Rey de Navarra sería muy amigo de V. A. si D. Pedro se casara con una de sus hijas.

D ALF. ¿Y si yo no quiero que se case, qué?

GONZÁLEZ. Nada, señor; el parecer de V. A. es lo primero.

COELLO. Señor, un momento de debilidad puede costar serios disgustos á la nación; mirad que esos hijos son ilegítimos y que habrá quien les niegue el derecho de heredar la Corona.

LÓPEZ. Y si se quieren legitimar, el Papa pondrá muchas dificultades para ello, por ser primos Doña Inés y D. Pedro.

COELLO. Hay en el reino, señores, revoltosos que no esperan más que una ocasión para armar guerra y ver la manera de engrandecerse.

GONZÁLEZ. Y el altivo D. Sancho tendrá una disculpa para levantarse otra vez apoyado por señores muy poderosos.

D. ALF. Sí, todo tiene inconvenientes. (Se oyen á lo lejos gritos confusos.)

BARC. (Desde fuera.) ¡Señor! ¡D. Alfonso! ¡Señor!

D. ALF. Es la voz de Barcellos; id á buscarle y conducidle

aquí á ver qué es lo que quiere. (Sale D. López.) No sé qué voces son esas que se oyen.

BARC. (Fuera.) ¿Dónde está el Rey?

COELLO. Parece el ruido de un motín, aunque no se distinguen las palabras que dicen por estar algo lejos. (Entran Barcellos y López.)

BARC. Señor, toda la gente perdida de la ciudad, porque no puede ser otra, parece que ha salido de las tabernas y garitos y vienen por esas calles con hachas encendidas y gritando barbaridades. Debéis mandar salir á la guardia y á los alguaciles para que les den una lección y les enseñen á respetar á la gente. (El tumulto se va percibiendo cada vez mejor como si fuera acercándose.)

D. ALF. ¿Pero qué es lo que quieren? ¿Qué gritan?

EL PUEB. (Fuera.) ¡Muera Doña Inés de Castro! ¡Muera!

COELLO. ¿Oís lo que dicen?

BARC. ¡Qué salvajes!

GONZÁLEZ. (Bajo.) Este Conde de Barcellos no me parece muy á propósito para lo que intentamos hacer aquí. (Entran Doña Inés y Petra.)

PETRA. Señor, oid lo que gritan por esas calles; amparad á mi señora, que parece que se acercan las turbas.

BARC. (Aparte.) ¿Pero qué es ésto? ¡Aquí Doña Inés!

D. ALF. Hasta aquí no han de llegar; así, que dejarlas que griten. (Se oyen sin interrupción los gritos del pueblo, dando *mueras* á Doña Inés y *vivas* al Rey y á D. Pedro.)

GONZÁLEZ. Y no es extraño que pidan lo mismo que nosotros.

COELLO. Sin duda deben acordarse ahora de los estragos de la guerra civil que promovió D. Sancho.

D. ALF. Ea, pues que muera. Mandad entrar á esa gente que venía preparada, González. (Sale González.)

BARC. Pero ¿quién ha de morir?

PETRA. Mi ama, señor; vos podéis mejor que yo. Salvadla.

BARC. Señor, ¿pero hacéis caso á esa chusma? ¿Mandáis matar á Doña Inés? (Entra González con tres asesinos.)

ASESINO 1.º ¿Dónde está? ¿Cuál es?

GONZÁLEZ. Esta, miradla.

DOÑA INÉS. Conde de Barcellos, alguna vez he oído ponderar vuestra hidalguía y nobleza y sé que no os ponderan sin fundamento: así que creo tendréis piedad

de mí; id á mi casa y ved la manera de que no entre allí esa gente que grita, que están allí mis hijos y corren mucho peligro. Por Dios os lo suplico, Conde, hacedlo.

ASESINO 2.º ¡Vamos! hacia adelante, andando. (Salen los asesinos, llevándose delante á Doña Inés. Petra sale detrás de ellos. Por la derecha.)

BARC. Señor, ¿pero no oís lo que dice? ¿No os da compasión? ¡No veis cómo la tratan esos salvajes!.... ¿Y vosotros qué hacéis aquí, que parece que os gozáis en su martirio?.... ¡Dios, qué hienas! (Se va por la izquierda.)

LÓPEZ. (Bajo á González.) Ese no puede hacer nada bueno.

GONZÁLEZ. (Bajo á López.) No; ninguna falta hacía aquí.

D. ALF. Adelante; ya no es posible retroceder. (Se van todos.)

## ESCENA XIII

Interior de una tienda de campaña.

D. PEDRO, NEIVA y un CAPITAN.

D. PEDRO. Me ha dicho D. López que sabe por espías que á unas tres leguas de aquí acampará esta noche un poderoso moro que marcha con su hueste á reunirse al ejército de su Rey; así que lo hemos dispuesto todo para salir á media noche con la mitad del ejército y caer sobre ellos en cuanto asome el alba; procuraremos cogerlos desprevenidos: si lo conseguimos, perfectamente, y si no, lucharemos mano á mano; decidles á los soldados que hayan de venir que van á salir del campamento á media noche; conviene que lo sepan.

EL CAP. Voy á hacerlo, señor. (Se va.)

D. PEDRO. Y bien, ¿qué te dijo Inés? Supongo que le darías la carta.

NEIVA. Ya habréis notado por mi tranquilidad y por las señas que os he hecho cuando ha estado aquí toda esa gente, que todo ha salido bien; al verme me preguntó que cómo os habíais marchado tan repentina-

mente, y yo la contesté que así os lo había mandado vuestro padre, dándola á entender al mismo tiempo que veníais á disgusto: esto se lo creyó en seguida; luego la dí la carta y la leyó..... (Entra Barcellos.)

## ESCENA XIV

DICHOS y el CONDE DE BARCELLOS.

BARC. Señor, Doña Inés de Castro ha sido asesinada.

D. PEDRO. ¡Cómo!

BARC. La han matado por orden de vuestro padre.

D. PEDRO. ¿Pero es cierto?

BARC. Lo he visto yo: la han degollado peor que á los bandidos que cogen en el monte.

D. PEDRO. ¡Oh, Dios! ¡Y para esto me han mandado venir aquí! ¡Malditos demonios! ¡Dios, Dios! Dadme todos los poderes del infierno para descargarlos sobre ellos; dales mil veces la vida para poderlos matar otras tantas. ¡Guerra, guerra! ¡A Coimbra! ¡A las armas! Al que desobedezca le mandas matar en seguida. ¡Guerra!.... ¡Muerte!.... ¡Exterminio!.... ¡A Coimbra, á Coimbra! (Cae sin sentido.)

BARC. No he podido contenerme..... Yo debía haber previsto esto..... ¡Señor, señor!.... No oye nada..... Sólo ahora siento no tener millones de vasallos para ponerlos á su disposición.

NEIVA. Ya sospechaba yo que la hicieran algo; pero creí que tendría remedio; no creí que fueran capaces de matar á una mujer indefensa.

BARC. ¡Ah! Fué horrible, horrible aquello, Neiva. Todas las maldiciones de D. Pedro son pequeñas. No sé quién pudo cegar tanto á aquel bárbaro pueblo para que pidieran la muerte de Doña Inés.

NEIVA. Señor, D. Pedro..... vamos, levantaos. Ya se reanima, mirad.

D. PEDRO. ¿Cuántos soldados tenemos, Neiva?

NEIVA. No sé á punto fijo, señor; algunos miles hay en el ejército.

D. PEDRO. Da en seguida las órdenes para que se pongan en

camino hacia Coimbra..... Ven aquí, Barcellos; dí, ¿cómo fué aquello? ¿Quién la mandó matar?

NEIVA. (Aparte á Barcellos.) No le digáis nada; callaos, que podría irritarse más. (Se va.)

BARC. Señor, perdonad si mi precipitación fué causa de vuestro accidente; no pude contenerme. Perdonadme.

D. PEDRO. No, no; hiciste bien: dime cómo pasó todo, cuéntamelo..... ¿Qué? ¿Crees que voy á temblar? Aunque me digas que se hundió la bóveda celeste no me ha de impresionar; dí, ¿qué pasó?

BARC. Señor, si me lo permitís, iré ahora mismo á mi condado á reunir todos los vasallos que pueda para venir á ayudaros con ellos.

D. PEDRO. ¡Ah, sí! ¡Gracias, gracias, Barcellos! Yo te lo agradezco con toda el alma. Gracias mil veces.

BARC. Permitid entonces que me retire. Adiós, señor. (Se va ligero.)

# ACTO SEGUNDO

Una habitación.

## ESCENA PRIMERA

D. PEDRO y luego NEIVA.

D. PEDRO. Ni sé por dónde camino, ni me detengo á pensar en nada..... Batallas y escaramuzas y nada más..... Y si llega á favorecerme la fortuna quizá logren trasponer la frontera de Castilla..... Y si me vencen, me escarnecerán todavía..... ¿Y ésta es la venganza que yo tomo de aquel crimen bárbaro y horrendo? ¡Oh, no! ¡Jamás, jamás! ¡Oh, Dios, nunca!.... Mi padre no tuvo la mayor parte en el crimen, según me ha dicho Barcellos. (Entra Neiva.)

NEIVA. Señor.

D. PEDRO. ¿Qué noticias traes, Neiva?

NEIVA. Un soldado acaba de decirme que vienen hacia el campamento embajadores de vuestro padre.

D. PEDRO. ¿Que vienen hacia acá?

NEIVA. Así dice ese soldado, que ha sido enviado por los centinelas que están de guardia.

D. PEDRO. (Pequeña pausa.) ¿Y á qué crees tú que vendrán esos embajadores?

NEIVA. De fijo yo no sé; pero es lo más probable que vengan á proponeros la paz, porque ya sabéis los deseos de vuestro padre.

D. PEDRO. ¿Y qué crees que debemos contestarles si vienen á eso?

NEIVA. Señor, lo que os parezca..... Mandadme lo que queráis; si queréis que les oigamos nosotros, sin necesidad de pasarlos á vuestra presencia, también lo haremos.

D Pedro. No, no; es preciso oirlos, Neiva.

Neiva. Como queráis.

D. Pedro. Cuando lleguen hazlos pasar aquí, y dile á Barcellos que venga también.

Neiva. Así lo haré. (Se va.)

D. Pedro. Adiós, Neiva..... Sí, éste es el camino..... Es preciso disimular y esperar..... Mi padre ha de morir y yo seré Rey de Portugal, y entonces ¡ah! entonces han de temblar las órbitas celestes, han de tener envidia los demonios al ver los tormentos que yo invente.

## ESCENA II

D. PEDRO, NEIVA y BARCELLOS.

Neiva. Ya vienen ahí cerca; aquí está el Conde de Barcellos, á quien me mandásteis llamar. (Entra Barcellos.)

Barc. Dios os guarde, señor.

D. Pedro. Hola, Barcellos. Venid acá los dos; sentaos..... Voy á hacer la paz con mi padre, ¿qué os parece?

Barc. Señor, disponed lo que queráis; siempre me tendréis á vuestro lado.

D. Pedro. No vayáis á juzgarme mal. No creáis que he rebajado mi mente hasta tal punto que me confunda con las bestias. Tú, Neiva, eres mi amigo desde hace muchos años y conoces todos mis afectos; no creas que renuncio á ser hombre y ahogo todos los impulsos de mi corazón, ni que me rebajo á la condición del cerdo ó el hipopótamo, al hacer la paz con mi padre; no, aún soy hombre, todavía soy hombre; no me juzguéis mal. (Neiva va donde D. Pedro y le estrecha la mano con efusión.)

Neiva. D. Pedro, disponed de nuestra vida; no os juzgo mal.

D. Pedro. Gracias, Neiva; gracias, amigos; tú, Barcellos, en cuya cara leo los mismos sentimientos, gracias. Yo os estoy muy agradecido.

Barc. Señor.....

D. Pedro. Mirad á ver si llegan ya los embajadores.

Neiva. Ya están aquí; miradlos, señor. (Entran tres embajadores.)

## ESCENA III

LOS DICHOS y TRES EMBAJADORES.

Los tres embajadores.—Salud, noble Príncipe.

D. Pedro. Bien venidos seáis, señores.

Emb. 1.° Señor, vuestro noble padre D. Alfonso nos envía á saludaros en su nombre..... y á proponeros un tratado de paz y amistad que desea muy vivamente que aceptéis..... Para lo cual está dispuesto á proponeros condiciones desventajosas para él, sólo por evitar el triste espectáculo de la guerra entre un padre y un hijo.

D. Pedro. ¿Y qué condiciones propone mi padre para ese tratado?

Emb. 1.° Primeramente, D. Alfonso desea que le restituyáis todas las villas y castillos que hayáis adquirido durante la guerra y no duda que admitirá V. A. una condición tan justa, puesto que el Rey era dueño.....

D. Pedro. Evitad palabras inútiles. Acepto. (Neiva mira á D. Pedro y al ver la expresión de su cara toma la palabra.)

Neiva. El Príncipe D. Pedro se compromete á entregar á su padre D. Alfonso todas las villas y castillos que están en poder de sus tropas.

Emb. 2.° (Bajo al 3.°) Hermoso principio, amigo; me parece que no tendremos que hacer uso del permiso que nos dió el Rey para concederles ciertas ventajas, si porfiaban mucho.

Emb. 1.° No esperaba yo menos de vuestras nobles cualidades, señor, y esa respuesta es digna.....

D. Pedro. ¿Qué otras condiciones propone?

Emb. 1.° La segunda que os reconozcáis súbdito de él, y como tal le prestéis homenaje.

D. Pedro. Bien..... Apuntadlo, está bien.

Emb. 1.° También exige como condición que perdonéis á los asesinos de la infortunada Doña Inés de Castro que por un acto.....

D. Pedro. ¡Ah! Sí..... escribidlo en el tratado, los perdono, decídselo..... Los perdono con toda el alma.

EMB. 2.° (Bajo al 3.°) Esto sí que no lo esperaba yo.

EMB. 3.° (Bajo al 2.°) Pero no me gusta nada la manera que tiene de decirlo; me parece que lleva segundas intenciones.

EMB. 2.° (Bajo al 3.°) Sin embargo, ya que tan fácilmente lo concede todo, ya podía propasarse un poco nuestro compañero y proponerle más condiciones ventajosas, porque el Rey seguramente nos lo agradecería. Quizá se le ocurra.

D. PEDRO. ¿No tenéis más condiciones que proponerme?

EMB. 1.° El Rey también desearía castigar á los que con sus malos consejos han sido la causa de las tristes desavenencias entre él y V. A.

EMB. 2.° (Bajo.) Eso, eso.

D. PEDRO. ¡Ah, no! Decidle que cuide mucho no tocar á nadie de los que me han seguido, ni á Barcellos, ni á Don Lope, ni á nadie; sí, decídselo: que se guarde mucho de no molestarlos en nada, en nada.

EMB. 2.° (Bajo.) ¡Adiós! Salió al revés. Hay que arriar velas.

EMB. 1.° Señor, no creo que por una discrepancia, relativamente tan pequeña, vaya á dejar de concluirse el tratado. Vuestro padre, seguramente, hará el sacrificio de retirar esta condición si V. A. se compromete á cumplir las anteriores.

D. PEDRO. Sí..... me comprometo; ¿no queréis más?

EMB. 1.° Entonces, señor, si nos dais vuestra venia iremos á dar tan grata nueva á vuestro padre, que se alegrará mucho al saberla.

D. PEDRO. Idos.

LOS TRES EMBAJADORES.—Señor, Dios os guarde. Salud.

D. PEDRO, ~~NEIVA Y BARCELLOS.~~—Adiós señores. (Se van los tres Embajadores.)

## ESCENA IV

D. PEDRO, NEIVA y BARCELLOS.

D. PEDRO. Y qué os parece de esta comedia, amigos. ¿He hecho bien mi papel?

NEIVA. Yo creo que D. Alfonso aceptará el tratado, porque

apenas habéis hecho reparo á las condiciones que os ha propuesto y por vuestra parte no le habéis puesto ninguna.

D. PEDRO. Sí, sí le aceptará, sí.

BARC. Señor, debemos daros las gracias por no haber querido aceptar esa condición que únicamente iba en nuestro perjuicio.

D. PEDRO. Calla, calla; si no te conociera creería que me decías un epigrama.

## ESCENA V

DICHOS y un CAPITÁN y ANDRÉS que entran.

CAPITÁN. Señor.....

D. PEDRO. ¿Qué queréis, capitán? Venid más acá.

CAPITÁN. Señor, este joven se me ha presentado diciendo que quiere alistarse en el ejército para servir á V. A. Dice que ha presenciado la muerte de Doña Inés de Castro y os le traigo porque he creído que desearíais oirle hablar. Si resultara que no es verdad lo que dice, porque yo no le conozco y pudiera ser un pillo que quisiera engañarnos de ese modo, entonces perdonadme, señor.

D. PEDRO. Ven aquí, joven: ¿de dónde has venido?

ANDRÉS. De Coimbra, señor, aunque no directamente, porque hace tiempo que salí de allí y os suplico humildemente que no me toméis por un pillo, como ha hecho ese señor que me ha traído aquí, porque la verdad no lo soy.

D. PEDRO. ¿Tú viste morir á Doña Inés?

ANDRÉS. Sí, señor, y por cierto que eran bien bárbaros los que la mataron.

D. PEDRO. A ver, cuéntalo todo; ¿cómo pasó? siéntate, ven aquí.

ANDRÉS. Para que no me tengáis por un pillo, mirad, este señor que nos oye (por Barcellos) me parece que estuvo allí también y fué el único que se oponía á que la mataran, y cuando vió que no podía hacer nada se marchó muy enfadado llamándolos *hienas*

á todos; no estoy muy fijo de que sea él; pero me parece que lo es, y le llamaban Conde de Barcellos.

BARC. Sí.

D. PEDRO. Todo es cierto; dices la verdad. Cuenta todo lo que viste; á ver.

ANDRÉS. Señor, yo estaba en el jardín indebidamente, porque por la noche no nos dejan estar allí y como ya era de noche yo estaba buscando la manera de salir de allí sin que me vieran; entonces oí unas voces allí cerca, y para ver lo que era me acerqué más al sitio de donde venían, me escondí detrás de un rosal y desde allí lo oí todo perfectamente. Cuando yo llegué estaba Doña Inés de rodillas delante del Rey pidiéndole que la perdonara porque sus hijos quedaban sin amparo; se necesitaba ser de piedra para no echar lágrimas al oirla; cualquier cosa prefería á separarse de sus hijos.

D. PEDRO. ¿Y no hubo quien se comprometiera á degollarlos para que la acompañaran?

ANDRÉS. Luego decían por la calle que los había puesto en sitio seguro el señor Conde de Barcellos y la verdad es que me alegró la noticia. Pues el Rey ya la quería perdonar, pero en cuanto lo dijo, todos empezaron á ponerle inconvenientes, y por si era poco principiaron á oirse en aquel momento los gritos del motín que se había levantado contra Doña Inés; entonces D. Alfonso ya la mandó matar sin hacer caso á este señor Conde que gritaba contra todos; entraron los asesinos, que ya estaban preparados, y después de sacarla de allí á empujones, uno de ellos la dió una puñalada en el cuello por detrás; ya se iba á caer ella hacia delante cuando fué otro y dándola con un gran mazo en la cabeza la hizo caer hacia atrás.

NEIVA. Callad, joven, no sigáis; callaos, por Dios.

BARC. Sí: calla, calla.

D. PEDRO. No, no: has de seguir hasta el final. ¿Qué más pasó? Sigue.

ANDRÉS. Yo creo que debo obedecer más al Príncipe; perdonadme, señores, si os desobedezco. Estando en el suelo, todavía la oí decir: «¡Hijos míos!» pero fué

uno de aquellos bárbaros, se agachó y la dió varias puñaladas en el pecho; los otros dos hicieron lo mismo, y yo no sé si murió á las primeras ó á las últimas cuchilladas.

D. Pedro. ¿Y los astros seguían su curso tranquilamente?

Neiva. Señor, permitidle que se retire porque ya ha concluído.

D. Pedro. Sí, dadle todo lo que solicitaba.

Barc. Vamos, marchad ya. (Se van los cuatro. Barcellos y Neiva como empujando á Andrés.)

## ESCENA VI

D. PEDRO.

¡A qué sér sobrenatural invocaré ya para que me haga justicia! (Se va.)

## ESCENA VII

Una habitación en el Palacio real de Coimbra.

Entran ÁLVARO GONZÁLEZ, PEDRO COELLO y DIEGO LÓPEZ.

Coello. No me gusta nada que haya hecho la paz el rey con su hijo.

A. Gonz. No, ni á mí tampoco me gusta, Coello.

D. López. Me parece que lo que debíamos hacer nosotros es macharnos fuera de Portugal, á Castilla ó á cualquier otro sitio, porque aquí no estamos muy seguros. D. Pedro sabe, de fijo, todo lo que ha pasado.

A. Gonz. Sí lo sabrá; pero yo no me marcho de Coimbra; mientras estemos al lado de D. Alfonso no tenemos que temer nada.

Coello. Ir á proponerle la paz á un hijo que se rebela del modo que se rebeló D. Pedro contra su padre, me parece muy mal.

D. López. Sí, y á mí también. No hay que dudarlo: el Conde de Barcellos lo vió todo y se lo contó; si no hu-

biera sido por él le hubiéramos hecho creer á Don Pedro que la muerte de Doña Inés fué natural; ya yo decía que ese Conde lo había de ~~fastidiar~~ todo. Vd. les componer

A. GONZ. Todo está ya ~~fastidiado~~, sí; pero os repito que yo no saldré de Portugal mientras sea Rey D. Alfonso; ahora, si desgraciadamente llegara á serlo D. Pedro, ya me parece que podremos tomar medidas con anticipación. echado á per

COELLO. ¡Silencio! Mirad quién viene.

## ESCENA VIII

DICHOS, y D. PEDRO y NEIVA, que entran.

NEIVA. ¡Oh, Dios! ¡Quiénes están aquí!

COELLO, GONZÁLEZ y LÓPEZ.—Señor..... (Los tres se inclinan muy respetuosamente ante D. Pedro.)

COELLO. Os saludamos muy respetuosamente y os felicitamos por el tratado de paz que habéis hecho con vuestro padre.

D. PEDRO. (Se apoya en Neiva para no caer, y dice apuntando hacia afuera por una ventana que habrá abierta.) ¡Ah, ah! Mira mira cómo caen aquellas nubes sobre el monte; mira cómo se amontonan y chocan, míralas; ahora van las estrellas y se hunden en el río, mira.

COELLO. ¡Si no se ve nada de eso!

A. GONZ. (Aparte á López.) ¡Si no hay nada!

NEIVA. Marchaos, que está muy irritado; idos, por favor. (Se van Coello, González y López.)

## ESCENA IX

D. PEDRO, NEIVA, y luego BARCELLOS.

NEIVA. Serenaos, señor; no os preocupéis de nada y serenaos.

D. PEDRO. ¿Habrá en el infierno hombres como esos?

NEIVA. No sé, no sé; pero mejores sí debe haberlos.

D. PEDRO. ¡Oh, sombra de Inés! Perdona, perdona si tengo

vida para verlos. (Se cae hasta poner una rodilla en tierra. Con el brazo correspondiente se sostiene para no caer más. Neiva le ayuda á levantarse. Entra el Conde de Barcellos.)

BARC. Señor.....

NEIVA. (Bajo á Barcellos.) Si vais á decirle alguna mala noticia, no habléis ahora.

BARC. (Idem á Neiva.) No, descuidad. (Alto.) D. Rodrigo, el mayorazgo del señor de Alfarella, que acaba de llegar de Castilla, dice que desea saludaros, y para ello os pide permiso por mi conducto.

D. PEDRO. ¡Ah! Rodrigo, noble joven, sí, muy noble; condúcele aquí ahora mismo. (Se va Barcellos.) Sí, tiene algo de hombre; es muy noble.

NEIRA. Sí lo es, sí; llegó hace dos días y no ha venido á saludaros antes por el pequeño concepto que tiene de su importancia; ya hace un año que se marchó á Castilla. (Entra el Conde de Barcellos y D Rodrigo.)

## ESCENA X

D. PEDRO, NEIVA, BARCELLOS y RODRIGO.

RODRIGO. Señor.....

D. PEDRO. Hola, Rodrigo, joven amigo, ven.

RODRIGO. Debo daros las gracias por haberme recibido ahora mismo.

D. PEDRO. Sí..... Dí: ¿á cuántos nobles ha matado el Rey de Castilla mientras has estado allí?

RODRIGO. ¡Señor!.... No sé..... No creo que haya matado á ninguno; no tengo noticia.....

D. PEDRO. No, no te habrás enterado bien; de seguro que no te has fijado..... Mira: tú no sabes adular, no te juntes á los Reyes nunca, no; mira que te degollarán si ganan un maravedí matándote; hazme caso, no te juntes á ellos. (Se va á marchar, pero vuelve y dice:) Mira: si yo llego á ser Rey, no te acerques á mí, huye de mí; no olvides lo que te digo y hazme caso. (Se va con Neiva.)

## ESCENA XI

RODRIGO y BARCELLOS.

RODRIGO. ¿Pero qué es esto, Conde? ¡Si no tienen sentido sus palabras! ¿Ha tenido alguna cuestión con el Rey de Castilla?

BARC. No, no. ¡Ay! Me temo que haya perdido la razón. Tiene tal embrollo de ideas en la cabeza.....

RODRIGO. ¡Perder la razón! ¿Pero cómo?

BARC. ¡Ah, sí! ¡Amaba tanto á Doña Inés..... y la mataron tan villanamente!....

RODRIGO. ¡Oh, Dios! ¡Perder la razón el Príncipe más noble que ha habido jamás en la tierra, aquel modelo de hidalguía, amigo de los humildes y despreciador de los orgullosos; el que hacía valer su dignidad de Príncipe para ir el primero en la batalla; aquella alma grande, aquel corazón sublime..... ¡Pobre Portugal! Ya ha muerto toda tu esperanza.

BARC. No desesperéis tan pronto, Rodrigo; puede ser sólo un momento de delirio; nunca le he oído hablar con tan poco sentido como ahora; es muy posible que esto sea pasajero.

RODRIGO. ¡Ah! Dios lo quiera, Conde: no puede someterse el ánimo á admitir que esté loco un hombre como aquél.

BARC. Amaba mucho á Doña Inés de Castro, ya lo debéis saber, es muy público ya.

RODRIGO. Sí, pero no creí que le llevara tan lejos su pasión; ya sé también la guerra que hizo á su padre, y no sería sin motivo, pero me pareció que lo había olvidado todo al hacer la paz.

BARC. Vamos, vamos á enterarnos de lo que hace. (Se van.)

## ESCENA XII

Otra habitación en el Palacio Real.

Entran conversando D. ALFONSO, COELLO, A. GONZALEZ y D. LÓPEZ.

COELLO. Sí, ahora nos hemos encontrado con él por casualidad y nos parece que no está en las mejores disposiciones respecto á nosotros.

D. ALF. ¿Pero qué os ha dicho? ¿y qué le habéis dicho vosotros?

COELLO. Nosotros al verle entrar le saludamos con el mayor respeto y él en vez de contestarnos al saludo se puso tan agitado y empezó á hablar diciendo tales disparates que creíamos que se había vuelto loco: apuntaba al horizonte por una ventana y decía que se estaban cayendo las nubes y las estrellas; Juan de Neiva que le acompañaba nos dijo entonces que nos retiráramos porque estaba muy agitado; nosotros le obedecimos en seguida.

D. ALF. ¿De manera que os ha parecido que tiene trastornada la cabeza?

COELLO. Señor, sus palabras no tenían absolutamente sentido, pero creo que era nuestra presencia lo que influía en él para hablar de aquella manera; por eso decía á V. A. que no debe estar en las mejores disposiciones respecto á nosotros, y por eso también debió suplicarnos Neiva que nos retiráramos.

D. LÓPEZ. No, no nos ha perdonado, aunque haya ofrecido eso en el tratado. El día que pueda castigarnos nos castigará de la manera más cruel.

D. ALF. ~~Mientras yo sea Rey~~ no debéis temer nada, ~~porque os defenderé contra él. Pero decidme,~~ ¿fué mucho lo que habló con vosotros? ¿y todo lo que os dijo fué sin orden ni concierto ninguno?

COELLO. Con nosotros habló muy poco, sólo lo suficiente para decirnos, sin contestar á nuestro saludo, que se caían las nubes y las estrellas encima del río; y ya

podéis apreciar si en esto hay algo que tenga orden ni concierto y mucho menos no habiendo casi ninguna nube en el Cielo.

D. Alf. ¿Sabéis si después que vosotros le habló alguien?

A. Gonz. Sí, yo he visto poco después de salir nosotros ir hacia donde él quedó al Conde de Barcellos acompañado de un joven caballero, á quien creo que conocéis: es Rodrigo de Alfarella, el mayorazgo del señor de Alfarella, que ha llegado hace poco de Castilla.

D. Alf. Sí, le conozco. Id, Diego, y si le encontráis decidle que le espero; si siguen hablando todavía, esperad á que se separen. (Se va D. López.)

A. Gonz. Me parece que más que Rodrigo podría decir á Vuestra Alteza el Conde de Barcellos.

D. Alf. No, Barcellos y Neiva, no..... ¿Cuándo ha venido Rodrigo de Castilla?

A. Gonz. Me parece que hace dos días que llegó: D. Pedro le apreciaba mucho, porque aunque trata muy bien á todos los que le rodean, fijándose, ya se conoce á quién aprecia más. (Entran Rodrigo y López.)

## ESCENA XIII

D. ALFONSO, RODRIGO DE ALFARELLA, COELLO, GONZALEZ y LOPEZ.

Rodrigo. Salud, señor.

D. Alf. Hola, Rodrigo, ¿hace mucho tiempo que habéis llegado á la corte?

Rodrigo. No hace más que dos días, señor.

D. Alf. ¿Y cómo no has venido á saludarme?

Rodrigo. Temí molestar á V. A., que sin duda tendrá que ocuparse de asuntos graves, y esperaba una ocasión en que diérais audiencia á los nobles para venir á ofrecerme á V. A.

D. Alf. Sin embargo, acabas de ver á mi hijo ahora.

Rodrigo. Señor, he creído que tendría menos ocupaciones que vos.

D. Alf. Pues debías haber venido á verme; tú no me moles-

tas: ya sabes que he tenido siempre en mucho aprecio á tu padre..... Dime, ¿has notado algo de particular cuando has hablado á mi hijo? ¿crees que tiene el pleno dominio de su razón?

RODRIGO. Lo dudo, señor: me ha dicho palabras que sólo se explican habiéndola perdido completamente.

D. ALF. ¿Y qué es lo que te dijo? Dímelo, si no tienes inconveniente.

RODRIGO. Las primeras palabras que me dijo fueron para preguntarme que á cuántos nobles había matado el Rey de Castilla durante el tiempo que había estado yo en su reino; yo, bastante asombrado de la pregunta, le contesté que no sabía que hubiera mandado matar á nadie, y él entonces me dijo que yo no estaba bien enterado, que debía haber matado á algunos, y luego siguió hablando, no recuerdo de qué; sólo sé que todo lo que dijo fueron disparates, ni una sola frase con orden y concierto; después que se marchó, me dijo el Conde de Barcellos que quizá aquello fuera sólo un delirio, una cosa pasajera; no sé si habrá acertado, aunque yo creo que sí: cada vez me parece más probable que haya acertado, y Dios lo quiera.

D. ALF. ¿Y al Conde de Barcellos y á Neiva, les hablaba también desconcertadamente?

RODRIGO. No les habló nada mientras estuve yo presente: en cuanto me dijo unas cuantas locuras se marchó.

D. ALF. ¿Sabes hacia dónde se dirigió al separarse de tí?

RODRIGO. No sé, señor: salió de la habitación donde estábamos con Neiva, pero no sé hacia dónde fueron.

D. ALF. Dejadme ahora solo, retiraos, y otra vez, Rodrigo, ven á saludarme cuando más pronto te sea posible, porque nunca me molestarás.

RODRIGO. Gracias, señor. (Se van por la izquierda todos menos D. Alfonso. Después que han salido se va éste por la derecha.)

## ESCENA XIV

Otra habitación del Palacio.

D. PEDRO. (Entra muy pensativo y avanza despacio hasta colocarse en primer término. Allí empieza á hablar.) ¿De qué substancia estará formado el hombre para que sea capaz de crímenes tan horribles?.... De barro también deben estarlo los brutos y no son tan sanguinarios..... Abro la historia de Portugal y no veo más que crímenes y sangre; el Rey asesina á los nobles y éstos se vengan en el pueblo..... ¡Y qué hipócritas son todos!.... Oyen que un padre ha degollado friamente á un hijo suyo de corta edad, para apoderarse de la herencia que á éste le correspondía, y hacen que se horrorizan..... ¡Como si no fueran capaces de hacer otro tanto en las mismas circunstancias!.... Mi padre hizo la guerra mi abuelo y á mi tío D. Sancho, y me mataría á mí si ganara algún escudo matándome. (Se queda muy pensativo. Entra por el fondo D. Alfonso y se está mirándole un momento sin que D. Pedro le vea; luego avanza.)

## ESCENA XV

D. PEDRO y D. ALFONSO.

D. PEDRO. ¡Ah! ¿Estábais ahí? Perdonad, no os había visto; perdonad, sí; dispensad.

D. ALF. ¿Qué estabas hablando, estando solo?

D. PEDRO. No sé, señor: cualquier tontería, cualquier locura sería; estoy algo chiflado estos días.

D. ALF. Sí, es una locura hablar al aire ó á las paredes, porque aquí no había quien te oyera.

D. PEDRO. Sí, es una locura, tenéis razón.

D. ALF. He oído que no habéis tratado con el debido respeto á algunos de mis Ministros.

D. PEDRO. ¡Ah! Buenos mozos, sí, buenos mozos; yo los respeto mucho, creédmelo, los respeto mucho.

D. Alf. Pues no se conoce gran cosa por la manera que has tenido de hablarlos hace poco.

D. Pedro. ¿Y de que manera los he hablado, señor?

D. Alf. ¿Qué, necesitas que te lo diga yo?.... Es una tontería querer enmendar lo que ya no tiene remedio, ¿á qué acordarse de cosas cuyo recuerdo nos ~~fastidia~~? Yo también siento la muerte de tu prima Inés, y bien me he arrepentido de aquel momento de debilidad que tuve al mandarla matar, pero no conduce á nada el conservar rencor á los que tuvieron alguna culpa en aquella muerte. Quita de tu mente esos recuerdos que la tienen transformada, y vuelve á ser el caballero más discreto de la corte como lo eras antes. Olvida ya á tu prima Inés.

D. Pedro. Sí, sí; el hombre que se acuerda de una mujer á los cuatro días de haber muerto ésta, no tiene seso, es un majadero, tenéis razón: adiós, padre; yo ya no me acuerdo ni de que existió Inés. (Se va por la derecha. Se le oye gritar según va alejándose.) ¡Barcellos! ¡Conde! ¿dónde está? que se ha caído un asno al río. ¡Barcellos!

D. Alf. (Queda un rato pensativo; luego dice:) No hay quien le quite su recuerdo de la cabeza. (Se va por la izquierda. Queda la escena sola durante un corto espacio de tiempo. Luego entran por la derecha D. Pedro y Barcellos.)

## ESCENA XVI

D. PEDRO y el CONDE DE BARCELLOS.

D. Pedro. Ya se marchó; ven, Barcellos, ¿tú recogiste á mis hijos, no, y los tienes ahora cuidados en tu casa?

Barc. Sí, señor; allí están: también está Petra Sánchez, la mujer á quien más quería Doña Inés, que los cuida como una madre.

D. Pedro. Bien: ya sabes que te lo agradezco; no te hago protestas de mi agradecimiento, porque si no lo supieras ya ni lo conocieras en mis actos, para nada servirían mis palabras; pues deseo verlos hoy mismo, si tú no tienes inconveniente.

BARC. Señor, absolutamente ninguno; podemos ir ahora mismo si queréis.

D. PEDRO. Espera, ¿dices que Petra Sánchez los quiere y los trata como una madre?

BARC. Sí, señor; quería mucho á Doña Inés, y todo el cariño que tenía á ésta se le tiene ahora á sus hijos.

D. PEDRO. Bien, vamos. (Se van.)

## ESCENA XVII

Una sala en la casa del Conde de Barcellos.

Entran PETRA SÁNCHEZ y los niños DIONIS y JUAN.

PETRA. Venid aquí, que aquí estaréis ahora más entretenidos jugando, andad.

JUAN. Allá vamos; pero dí, ¿no va á venir hoy tampoco nuestra madre? todos los días la estamos esperando y nunca acaba de llegar.

PETRA. ¿No ves que ha ido muy lejos, muy lejos? anda, juega con tu hermano y no te acuerdes de ella ahora.

JUAN. Pues aunque esté muy lejos yo quiero verla, porque hace mucho tiempo que no la he visto.

PETRA. No puede ser, Juan, ya vendrá; anda, juega y no te acuerdes de nada.

JUAN. Yo no quiero jugar.

DIONIS. Sí, á nosotros nos están engañando; dicen que se ha marchado, pero yo creo que la han debido de hacer algo; y si no, ¿por qué estás tú tan triste desde que se marchó? ¿y por qué no viene á vernos papá á esta casa como iba á la otra algunas veces cuando estaba ella?

PETRA. Vuestro papá no ha venido á veros porque se había marchado también; pero ahora ya ha vuelto y veréis cómo viene un día de éstos, quizá hoy ó mañana.

DIONIS. Sí..... lo que es si es cierto, si alguno la ha hecho algo, ya verás cuando yo sea mayor.....

PETRA. ¿Pues qué le harías si supieras que alguno la ha hecho algún mal?

DIONIS. Matarle.

PETRA. Vaya, poneos á jugar y no os acordéis de nada; veréis cómo hoy ó mañana viene vuestro padre á veros..... ¡Ay! mirad, ya está aquí. (Entran D. Pedro y Barcellos.)

## ESCENA XVIII

Dichos, D. PEDRO y BARCELLOS y luego la niña BEATRIZ.

BARC. Aquí están, señor.

PETRA. Señor, buenos días.

D. PEDRO. (Se inclina muy respetuosamente.) Salud, señora.

DIONIS. Hola papá, ¿dónde está nuestra madre, que hace tanto tiempo que no la hemos visto? ¿pero no me dáis un abrazo?

JUAN. Decidnos, ¿dónde está mamá?

D. PEDRO. Un poco lejos; en el cementerio debe estar esperándonos.

BARC. Señor, mirad que los tenemos engañados; no les digáis que ha muerto su madre.

DIONIS. ¿Pero no me dais un abrazo? ¿Por qué no os agacháis un poco para que pueda abrazaros?

JUAN. ¿Por qué no nos abrazáis, padre?

DIONIS. ¡Ni un abrazo quiere darnos!

JUAN. ¡Ni un beso siquiera!

D. PEDRO. ¡Pobres jóvenes! lloráis porque no os quiero dar un beso, ¡vaya una cosa!

JUAN. Nuestra madre no nos ve nunca, y nuestro padre no quiere darnos ni un beso cuando nos ve.

PETRA. Señor, abrazadlos; ved que siempre están preguntando por su madre, ya que estáis aquí dadles algún consuelo. (Entra corriendo la niña Beatriz.)

BEATRIZ. ¡Ay! ¡papá! ¡papá! hola, ¿dónde está mamá? ¿por qué no ha venido contigo, dí? yo quería verla.

D. PEDRO. ¡Ríos de sangre no bastarían, no! (Se va; detrás de él se va también Barcellos.)

## ESCENA XIX

Dichos, menos D. PEDRO y BARCELLOS.

BEATRIZ. Se marcha sin decirme nada y muy enfadado: ¿por qué se va tan pronto?

PETRA. Ven aquí, Beatriz (la coge y la abraza), ¡pobre niña mía!

DIONIS. Lo que es cuando yo sea mayor..... ya verás.....

# ACTO TERCERO

Coimbra. — En el Palacio Real.

## ESCENA PRIMERA

Entran DOS CORTESANOS por sitios distintos.

CORT. 1.º ¡Hola, amigo mío!

CORT. 2.º ¡Hola, Bernardo! ¡Tanto tiempo sin vernos!

CORT. 1.º Ahora mismo acabo de llegar á Coimbra; he venido directamente á Palacio y tú eres el primer compañero con quien tropiezo.

CORT. 2.º Por dicha mía. Ya te supongo enterado de lo que ha ocurrido.

CORT. 1.º Si precisamente por eso he adelantado yo el viaje. Y dime: ¿crees que D. Pedro castigará ahora á los que mataron á aquella famosa Doña Inés?

CORT. 2.º No sé lo que hará; pero te aseguro que si yo estuviera algo complicado en esa muerte, cuidaría muy bien de ponerme donde no me alcanzara D. Pedro.

CORT. 1.º Lo mismo que tú han discurrido Alvaro González y Pedro Coello, que hace ya bastante tiempo que están fuera de Portugal; y Diego López, como ya murió.....

CORT. 2.º Sí, como ya murió, está más seguro que los otros dos, porque me parece que Pedro Coello y su amigo ni á cien leguas de los límites de Portugal están seguros mientras D. Pedro pueda averiguar el sitio donde se hallan.

CORT. 1.º He oído decir que ahora están en Castilla.

CORT. 2.º Yo también lo he oído decir y lo tengo por cierto; pero yo, si me hallara en su lugar, ni en Castilla ni en toda España paraba; D. Pedro, nuestro Rey, es muy capaz de dar una ciudad de sus dominios al

Rey de Castilla en cambio de que éste le entregue á esos dos hombres. La verdad es que de fijo no se puede saber nada de lo que él piensa hacer; pero por lo que se ve, por aquel brusco cambio de carácter que tuvo al morir su prima, y por lo que he visto y oído después, me parece que se va á vengar horriblemente en ellos.

Cort. 1.° Pero pudiera no querer entregarlos el Rey de Castilla.

Cort. 2.° Si con ellos saca alguna ganancia, ya verás cómo los entrega.

Cort. 1.° Quizá tengas razón. Y cuando murió D. Alfonso, ¿estabas tú allí? ¿Le viste morir?

Cort. 2.° Sí: había mucha gente en la habitación.

Cort. 1.° ¿Estaría también D. Pedro?

Cort. 2.° Es natural: estaba á la cabecera de la cama. ¡Y si vieras qué cara tenía en aquel momento! Parecía que tenía un mundo de ideas en la cabeza; estaba de pie y mirando á su padre fijamente, como ensimismado; cuando el Obispo, que estaba allí también, le decía algo, no le contestaba más que moviendo la cabeza suavemente para darle la razón, y lo mismo contestó á su padre las dos ó tres veces que éste le habló; yo no oí lo que le dijo; hablaba muy bajo, pero supongo que le daría consejos de hombre viejo. Luego, cuando ya se murió su padre, salió por entre toda la gente tan pensativo como estaba antes, y se fué solo á un gabinete apartado; allí, según dice un soldado que se hallaba cerca y á quien él no vió, se sentó al lado de una mesa y cuenta que le oyó decir muy claramente á D. Pedro cuando se sentaba: «¿Y qué ha hecho para que yo sienta ahora su muerte?. .. Permitió que la mataran.» Y sin hablar más se estuvo como una hora sentado en aquel sitio.

Cort. 1.° Lo que yo saco de todo eso es que no ha olvidado á Doña Inés, y opino como tú, que si caen en sus manos esos sujetos ya pueden encomendarse á Dios.

Cort. 2.° Y mucho tienen que esconderse para que D. Pedro no los encuentre.

Cort. 1.° Vaya, ¿sigues por ahí ó vienes conmigo?

Cort. 2.° Sí. Vamos por cualquier lado. (Se van.)

## ESCENA II

Entran D. PEDRO, NEIVA, BARCELLOS y RODRIGO DE ALFARELLA.

D. PEDRO. A cada uno os voy á confiar una misión importante; creo que lo haréis bien; os conozco desde hace mucho tiempo. Oidme: ya sabréis que en Castañeda van á celebrarse Cortes generales para reconocerme y proclamarme Rey de Portugal.

LOS TRES. Sí, ya lo sabemos.

D. PEDRO. Pues bien: tú, Barcellos, en esas Cortes generales darás cuenta de que Doña Inés de Castro era legítima esposa mía, y para que nadie lo ponga en duda presentarás un acta que yo te daré, y está firmada por el notario Gonzalo Pérez, que asistió á mi matrimonio; también citarás como testigos que pueden dar fe de la legitimidad de mi enlace, á los Obispos de Guardia y de Esteban Lobato, que estaban allí presentes; y por si alguno opusiere algún reparo fundado en el parentesco que me unía á Inés, enseñarás una bula que me otorgó el Romano Pontífice, por la cual me permite casarme con cualquier mujer, aun siendo parienta más próxima que Doña Inés; en seguida te daré esa bula y el acta de que te he hablado.

BARC. Procuraré hacerlo todo lo mejor que me sea posible, señor.

D. PEDRO. No es muy difícil el encargo. Tú lo harás bien. A tí, Neiva, te voy á encargar otra cosa; no tiene nada de difícil tampoco.

NEIVA. Señor, mandad.

D. PEDRO. En Alcobenza hay que construir un sepulcro de mármol, que sea digno de un Rey, para trasladar á él el cadáver de Inés de Castro; encima del sepulcro se colocará una estatua de Inés coronada con corona de Reina. Quiero que busques un gran artista, el mejor que encuentres, aunque sea moro ó judío, para que haga ese sepulcro y esa estatua.

NEIVA. Está bien, señor.

D PEDRO. Y después que yo haya visto un dibujo de lo que él proyecte hacer, dejo á tu gusto que elijas en esa villa de Alcobenza el sitio que te parezca mejor para edificar allí el sepulcro.

NEIVA. Sentiría que no fuera de vuestro agrado el sitio que yo escoja.

D. PEDRO. Bien, iremos á Alcobenza un día tú y yo, y juntos veremos el sitio que nos parezca mejor, quiero que esté á mi gusto. Y si no basta un solo arquitecto ó escultor mandarás á todos los que hagan falta. A tí Rodrigo te voy á dar un encargo un poco más delicado que á Neiva y Barcellos; pero á tí que conoces bien la corte de Castilla no te será muy difícil de hacer: por eso te he escogido para ello.

RODRIGO. Señor, cuanto más difícil sea tanto mayor será mi gusto al ejecutarlo.

D. PEDRO. Sé que dices la verdad, que no has dicho eso por pura cortesía, y sin embargo, si yo supiera que te había de causar algún disgusto el cumplir el encargo que te voy á dar, no podría menos de sentirlo mucho. Oyeme: en Castilla están dos hombres á quienes tú debes conocer, son Alvaro González y Pedro Coello, y necesito que el Rey de Castilla, D. Pedro, me los entregue; á pedírselos es á lo que vas á ir tú allí; creo que me los entregará, aunque probablemente pidiéndome algo en cambio. El sé que es bastante testarudo y si se empeñara en contrariarme sería muy capaz de sostener una guerra conmigo por esos dos hombres; por eso te recomiendo que obres con prudencia, le hablas como á un buen amigo, porque, realmente, siempre lo fué de mi padre y le dices que como no tengo ningún derecho á que me entregue á esos dos hombres que están en su territorio, lo considero como un favor que me hace y que en cambio de ese favor puede él pedirme cualquiera otro que yo pueda hacerle. Si no tuviera ningún favor que pedirme y por esa causa no quisiera hacerme el que le pido, entonces le ofrecerás cualquiera villa ó castillo que él ambicione, de los que poseo en la frontera. Todo esto lo dejo á tu discre-

ción. Ya comprenderás que la finura y amistad con que te recomiendo que le hables es muy distinta del rebajamiento; no me canso en explicarte esto porque tú sabes perfectamente donde la cortesía con un Rey deja de serlo para convertirse en bajeza. Lo peor que puede ocurrir es que se niegue rotundamente á entregármelos y en ese caso le declararé la guerra y veré el modo de apoderarme de ellos por la fuerza, pero quiero más perder el reino que rebajarme ante un Rey tan poderoso ó más que yo.

RODRIGO. No creo que lleguen nunca esos extremos, Señor, creo que cederá hablándole amigablemente.

D. PEDRO. Eso creo yo también, y no tengo más que deciros por ahora. (Se van.)

## ESCENA III

Un salón muy lujoso en el Palacio Real.

Entran varios CRIADOS llevando dos tronos unidos. Luego ESTEBAN.

CRIADO 1.° Más allá; D. Esteban dijo que lo pusiéramos encima de aquella plataforma y al lado de las escaleras que tiene.

CRIADO 2.° Tiene que estar bien con el borde de la escalera.

CRIADO 3.° Un poco más allá..... así.

CRIADO 1.° Ahora colocad esta alfombra aquí debajo, que quede bien estirada, sin ninguna arruga.

CRIADO 2.° Oye tú, ¿y quién se sentará aquí?

CRIADO 4.° Aquí el Rey y en este otro lado se sentará ese Conde de Barcellos ó puede ser que D. Juan de Neiva ó algún Obispo.

CRIADO 3.° Pues yo creo que el Rey siempre se pone solo y más alto que todos, y si se sienta otro en este otro sillón ya está tan alto como él; así, que aquí me parece á mí que no se sienta nadie.

CRIADO 4.° Pues entonces, ¿para qué crees que han hecho dos sillones? Si no se va á sentar nadie en éste, con aquél bastaba

CRIADO 3.° Para qué le han hecho no lo sé yo. (Entra Esteban.)

ESTEBAN. ¿Está ya todo concluído? ¿Lo habéis puesto bien?

CRIADO 1.º Señor; como nos mandásteis está todo.

ESTEBAN. A ver..... sí..... bien todo, perfectamente..... Ahora marchaos por aquí, pronto (Se van los criados); no es todavía la hora en que el Rey dijo que vendría, pero pudiera venir antes; ya no falta más que colocar ahí el cadáver; pero eso no es cosa mía, ya le traerán. (Entran D. Pedro, Neiva y Barcellos.)

## ESCENA IV

D. PEDRO, NEIVA, BARCELLOS, ESTEBAN; luego un PAJE.

D. PEDRO. ¿Cómo no han colocado ya el cadáver en el trono?

ESTEBAN. Señor, no sé.

D. PEDRO. ¿No érais el encargado de conducirle aquí?

ESTEBAN. No, señor; á mí tuvo V. A. la bondad de mandarme colocar estos dos tronos en este salón.

D. PEDRO. ¡Ah! sí; id á ver si le traen. (Se va Esteban.) ¿Habéis visto si han llegado ya todos los nobles á quienes he mandado venir?

BARC. Todavía faltan bastantes, señor.

D. PEDRO. Aún no es la hora que les señalé para que estuvieran en Palacio. ¿De manera, que todos ellos saben que Doña Inés de Castro sería su legítima Reina, si viviera?

BARC. Señor, creo que todos; porque si hay algunos que no estuvieron en las Cortes de Castañeda, se lo habrán oído decir á los que estuvieron allí; y no sólo los nobles, sino todo el pueblo, debe saber eso á estas horas, además de que los nobles que estuvieron en esas Cortes no tienen ningún motivo para poner en duda el matrimonio de V. A , porque tienen el testimonio de dos Obispos y el del notario Gonzalo Pérez, que estaba allí cuando yo dí cuenta de ello á las Cortes, y vieron también la Bula pontificia en que se os dispensaba el parentesco que os unía á Doña Inés.

D. PEDRO. ¿Y no hubo quien pusiera algún reparo en toda la reunión?

BARC. Ninguno replicó nada.

D. PEDRO. Bien..... Mañana al despuntar el alba saldremos para conducir al panteón de Alcobenza el cadáver de Doña Inés; ochocientos jinetes le darán escolta y vendrán también los tres Obispos que ahora están en Coimbra y algunos individuos de la nobleza portuguesa. Os espero á los dos para que forméis parte del acompañamiento.

B. Y NEIVA. Estaremos preparados.

D. PEDRO. Supongo que el panteón estará ya completamente terminado para cuando llegue la comitiva, y no habrá que esperar nada por ese motivo.

NEIVA. Hace tres días, como ya os he dicho estuve en Alcobenza y ví que sólo faltaba colocar la estatua de Doña Inés encima del sepulcro. El director de las obras me aseguró que al día siguiente la colocarían donde debe quedar, y como yo ví la estatua ya completamente terminada, creo que habrá podido cumplir perfectamente la palabra que me dió.

D. PEDRO. Yo también lo creo; pero si no la hubiera cumplido no sería gran inconveniente, porque en ese caso, en cuanto llegue el cortejo mandaré que delante de mí coloquen la estatua encima del sepulcro. (Entra un Paje.)

EL PAJE. Señor.....

D. PEDRO. ¿Qué sucede? Habla.

EL PAJE. Acaba de llegar un mensajero que dice que viene de Castilla y que le envía D. Rodrigo de Alfarella.

D. PEDRO. Dile que entre, que pase aquí. (Sale el Paje.) Si llegara la hora á que cité á los nobles para que estuvieran aquí, mientras estoy hablando con ese Mensajero que va á entrar, le diréis que esperen hasta que concluya de hablar con él. Mientras tanto esperadme ahí afuera. (Se van Neiva y Barcellos. Entra el Mensajero.)

## ESCENA V

D. PEDRO, un MENSAJERO, y luego un PAJE y CRIADOS.

D. PEDRO. Hola joven. ¿Os envía mi embajador Rodrigo de Alfarella?

MENS. Sí: me envía á decir á V. A. que el Rey D. Pedro

de Castilla os entregará los dos hombres que deseáis, si V. A. le entrega en cambio á otros dos castellanos que están en el reino de Portugal, cuyos nombres están aquí apuntados. (Entrega un papel á D Pedro.)

D. PEDRO. Mandaré que los busquen, y si no los encuentran pronto, prepararé un ejército de alguaciles para que recorran todo el reino en busca de ellos: puedes decírselo así á Rodrigo cuando vuelvas á Castilla, para que se lo haga saber al Rey D. Pedro. ¿Y no te dijo algo más?

MENS. Me dijo que esperaba instrucciones de V. A para poder dar al Rey de Castilla una contestación categórica, y que ya le había dicho que era lo más probable que V. A. accediera á entregarle los dos caballeros que exige en cambio de los otros dos, Alvaro González y Pedro Coello; y que estos caballeros estaban ya prisioneros del Rey D. Pedro; pero que no los entregaría mientras no tuviera en su poder á los dos castellanos.

D. PEDRO. Rodrigo debe conocer muy bien á mi tocayo. ¿Cuándo vais á volver á Castilla?

MENS. Cuando plazca á V. A., señor. D. Rodrigo me mandó ponerme á vuestras órdenes.

D. PEDRO. Bien, irás mañana: tengo que hablar con alguien de este asunto. Mientras os vuelvo á llamar, retiraos. (El Mensajero se va. Entra un Paje.)

EL PAJE. Señor, traen el cadáver.

D. PEDRO. Que le pasen ahora mismo; dí que le traigan. Y diles al Conde de Barcellos y á Neiva que vengan. (Se va el Paje. Entran en seguida varios Criados conduciendo un cadáver.) Sentadla ahí. (Le sientan en el trono de la derecha, que es el que indica D. Pedro, y se van. D. Pedro se está un rato contemplando el cadáver, hasta que siente entrar á Neiva y Barcellos.)

## ESCENA VI

D. PEDRO, NEIVA y BARCELLOS.

D. PEDRO. (Enseña á Neiva y Barcellos el papel que le entregó el Mensajero.) Es preciso poner presos á esos dos caballeros castellanos que están en Portugal. En cuanto acabe esta ceremonia, daréis las órdenes oportunas.

BARC. Los buscaremos, señor.

D. PEDRO. Veo que no os van gustando los papeles que os doy. Todo va cambiando, todo varía, amigo Neiva.

NEIVA. D. Pedro.....

D. PEDRO. Mandad entrar á todos los Nobles que estén esperando. (Se va Barcellos.) El que varía soy yo, Neiva; tú eres lo mismo que eras antes. (Entran por el sitio enfrente de los dos tronos—en el de la izquierda estará sentado D. Pedro—Barcellos y muchos Nobles más, entre los cuales habrá dos ó tres Obispos Por otro lado entra Guardia real, que se colocará alrededor de los tronos.)

## ESCENA VII

DICHOS, los NOBLES y GUARDIA REAL.

UN NOBLE. (Bajo.) Mira el cadáver: aquél es el cadáver de Doña Inés.

OTRO. (Idem.) Le ha colocado á su derecha.

OTRO. (Idem.) ¿Y qué pretenderá que hagamos ahora?

UNO DE LOS OBISPOS.—Señor, la nobleza portuguesa os saluda y os rinde homenaje como á su Rey y señor.

D. PEDRO. Todos debéis saber que este Rey de Portugal tuvo una esposa que fué villanamente asesinada. Esta esposa sería vuestra Reina si viviera. Este es su cadáver: rendidle homenaje primero que á mí, y besadle la mano.

UN NOBLE. (Bajo.) ¡Besar la mano de un cadáver!

OTRO. (Idem.) ¡Dice que la besemos la mano! (Todos los Nobles se miran unos á otros como interrogándose, y nadie

se resuelve á ser el primero en adelantarse para besar la mano.)

D. Pedro. ¡Mirad que tengo en Coimbra ochocientos hombres de á caballo! ¡Besadla la mano ahora mismo! (Se adelanta un Noble, é hincando una rodilla en tierra, besa una mano del cadáver: hacen lo mismo todos los Nobles, incluso los Obispos, y Neiva y Barcellos, que se confunden con los otros. Cuando todos hayan concluído, dice D. Pedro:) Los súbditos tienen el deber de honrar á sus Reyes, aun después de muertos éstos. Mañana será conducido este cadáver á Alcobenza, para ser depositado en un sepulcro. Espero que la nobleza tenga representación en el cortejo que le ha de acompañar hasta aquella villa.

El más anciano de los Nobles.—Señor, la nobleza portuguesa ha reconocido ya la legitimidad de vuestra unión con la infortunada Sra. Doña Inés de Castro, y, por consiguiente, la de los hijos de ambos: por lo tanto, la nobleza honrará el cadáver de la que actualmente debía ser su Reina del único modo que es posible ya. Yo prometo á V. A. que no faltará una numerosa representación de ella en ese fúnebre cortejo, y si no asisten á él todos los Nobles que ahora están en Coimbra, será de seguro porque se lo impida alguna necesidad.

D. Pedro. Bien: podéis retiraros. (Todos hacen una profunda reverencia y se retiran, menos Barcellos y Neiva. A una seña de D. Pedro se va la Guardia. Intenta salir Neiva; pero le llama D. Pedro.)

D. Pedro. ¡Neiva!

Neiva. Señor.

D. Pedro. ¿No sabes que debes quedarte á mi lado?

Neiva. Me distraje, señor; dispensadme.

D. Pedro. De nada te he culpado; el que ha variado soy yo: ya te lo dije antes. Ahora ocupaos en mandar á todos los alguaciles de la ciudad que busquen á esos dos castellanos, y si los encuentran que queden presos y bien custodiados.

Barc. Los buscaremos, señor. (Se van.)

## ESCENA VIII

SANTARREM. Una sala.

Salen los dos cortesanos de marras.

CORT. 1.° ¿No has visto qué enfadado está el Rey?

CORT. 2.° No, no le he visto.

CORT. 1.° Ha dicho al Conde de Barcellos que mande soldados para que traigan preso ahora mismo al Marqués de Vizela: yo no sé qué le habrá pasado con él.

CORT. 2.° ¡El Marqués de Vizela preso!

CORT. 1.° Yo mismo le he oído al Rey dar esa orden al Conde de Barcellos.

CORT. 2.° ¿Pero y qué habrá hecho Vizela para que le prendan? ¿Cómo se habrá decidido el Rey á hacer eso?

CORT. 1.° ¿Y yo qué sé? Lo único que sé es que hará como una hora que llegó á este palacio un hidalgo de esos de aldea preguntando si se podía ver al Rey: D. Juan de Neiva, que le vió y se enteró de lo que quería, sin duda debió decírselo al Rey; éste le mandó llamar y ha estado con él un buen rato; después salió y mandó á Barcellos lo que ya te he dicho. Algo grave le ha debido decir ese hidalgo para poner preso á un noble tan poderoso.

CORT. 2.° Yo creo que el hidalgo ese ha venido á Santarrem á pedir justicia al Rey contra algún atropello del Marqués.

CORT. 1.° Lo mismo me parece á mí y te aseguro que si es cierto ha de obtener justicia seca; por de pronto, ya ves que ha mandado que le traigan preso desde su casa.

CORT. 2.° Cuando manda poner preso al Marqués de Vizela, que no hará con esos dos, á quienes compadezco, Pedro Coello y Alvaro González.

CORT. 1.° Esos ya deben venir cerca, porque como el Rey les dijo á los mensajeros que mandó que no desperdiciaran ni un momento y que los pusieran en cami-

no hacia acá en cuanto ellos llegaran á Coimbra, ya no deben estar muy lejos.

CORT. 2.° En cuanto lleguen los manda á la horca.

CORT. 1.° De seguro; ya ves que pronto mandó buscar á aquellos dos caballeros castellanos que exigía el Rey de Castilla, y en cuanto los encontraron los alguaciles que pronto se los mandó á Castilla para que él le mandara á estos otros dos.

CORT. 2.° La verdad, los compadezco.

CORT. 1.° Sí, ya hay motivo para ello; pero lo que es al Marqués de Vizela, si te he de decir lo que siento, no le tengo pizca de compasión, porque yo siempre le he tenido por un noble poco..... vamos, poco noble.

CORT. 2.° Opinamos lo mismo, amigo. (Se van.)

## ESCENA IX

Entran D. PEDRO, NEIVA y BARCELLOS.

D. PEDRO. Ya habréis hecho lo que os mandé.

BARC. Ha ido un capitán con ocho soldados á la casa en que él vive ahora, con el encargo de traerle preso.

D. PEDRO. Y los otros dos ¿no han llegado todavía?

BARC. Aún no; pero espero que lleguen de un momento á otro, porque ya sabéis que están muy cerca.

NEIVA. D. Pedro, tengo que pediros un favor.

D. PEDRO. ¿Qué favor es?

NEIVA. Espero que me le otorguéis, porque creo que es muy justo.

D. PEDRO. Bien, dí cuál es; si puedo, es posible que te le conceda.

NEIVA. Que me permitáis retirarme á mis tierras; vos mismo debéis reconocer que no sirvo ya para vivir en la corte.

D. PEDRO. ¡Ah! Sí, Neiva; ya pasó el tiempo aquél. A tí no te gusta el rigor con que trato muchas veces á ciertas gentes, y no me extraña. Tú no has sufrido como yo las consecuencias de la bajeza infinita de los hombres; los hombres son bajos, viles, miserables; orgullosos y soberbios cuando son poderosos, y

rastreros y sin un átomo de dignidad cuando buscan algún favor; son moralmente más pequeños que la más pequeña de las pulgas; á tí no te han hecho ninguna gran injusticia para que te detengas á ver esto. Ha peligrado mi razón cuando he querido comprender cómo al lado del alma humana puede haber tanta miseria, y he sacado en resumen que al lado de la imagen de Dios hay un bruto con razón, mil veces más despreciable que un bruto sin ella. Pero ya te he dicho que he tenido algún temor de perder la razón ó más bien he temido que me tengan por loco los demás hombres, y por eso me he dejado de filosofías; ya no tengo más filosofía que la que vas á ver cuando llegue el Marqués de Vizela, muy parecida á la que usé cuando los nobles dudaban algo antes de besar la mano del cadáver de mi esposa difunta. Te doy permiso para que vayas á vivir á tus tierras, sí, Neiva, y te ofrezco mi amistad para mientras dure nuestra vida. No creerás que es interesada esta amistad, porque no tengo ninguna cuenta pendiente contigo, salvo el profundo agradecimiento que te debo por los muchos servicios que me has hecho y por tu eterna lealtad y amistad para conmigo.

BARC. Aquí viene el Marqués de Vizela, señor; viene en medio de los ocho soldados que fueron á buscarle.

D. PEDRO. ¡Ah! cambiemos un poco; á ver, que entre el Marqués. (Entra el Marqués de Vizela, en medio de ocho soldados, al mando de un Capitán.)

## ESCENA X

DICHOS y el MARQUÉS DE VIZELA, un CAPITAN y ocho soldados.

EL CAP. Señor, aquí está el Marqués de Vizela, á quien me mandó traer prisionero el Conde de Barcellos.

EL MARQUÉS DE VIZELA.—Rey D. Pedro, este señor Capitán ha debido padecer alguna equivocación, sin duda; ha llegado á mi casa con estos soldados y me ha puesto

preso diciendo que cumplía órdenes de V. A. y, la verdad, yo creo que ha debido ser una equivocación.

D. PEDRO. No ha habido equivocación, no; es al Marqués de Vizela á quien yo he mandado poner preso.

VIZELA. Señor, mi conciencia no me acusa de ninguna acción que dé motivo para ello. Quizá algún enemigo oculto, valiéndose de la buena fe de V. A., haya intentado calumniarme para indisponeros conmigo.

D. PEDRO. Venid aquí, señor Marqués. (Atrae hacia sí al Marqués y le presenta un papel.) ¿Conocéis esa firma?

VIZELA. Es la mía.

D. PEDRO. Aquí mandáis á uno de vuestros capitanes que se apodere de una cantidad de trigo que era propiedad de los vecinos de Agreta, ¿ya sabéis por qué estáis preso, señor ladrón?

VIZELA. ¡Señor!.... (Ofendido.)

D. PEDRO. ¿Qué es eso de señor? A mí no se me replica, Marqués. ¡De rodillas ante mí! ¡de rodillas ante el Rey!.... de rodillas. (El Marqués, aunque de mala gana, se pone de rodillas.) Habéis robado 500 fanegas de trigo y sois un ladrón, por lo tanto. Antes de diez días tenéis que entregar á la villa de Agreta, no 500, sino 2.000 fanegas; ya podéis mandar emisarios á vuestras tierras para que lo ejecuten, porque vos quedáis aquí prisionero hasta que las hayan entregado..... Y cuidad mucho de no vengaros después en ningún vecino de Agreta ¡mucho cuidado!.... Tengo un verdugo que está deseando trabajar. (Al Capitán.) Ponedle preso en la fortaleza y mandad que le custodie un buen número de soldados, si quiere enviar algún correo á su marquesado, dejadle que le envíe. (Se van Vizela el Capitán y los soldados. Entra un Paje.)

## ESCENA XI

D. PEDRO, BARCELLOS, NEIVA, un PAJE y luego RODRIGO DE ALFARELLA.

EL PAJE. Señor, D. Rodrigo de Alfarella que acaba de llegar pide permiso para entrar á saludar á V. A.

D. PEDRO. ¡Ah! dile que entre, que entre en seguida. (Sale el Pa-

je.) Ya está ahí. ¡Oh! qué hermoso espectáculo vamos á tener aquí con esos dos huéspedes. (A Barcellos.) Dile que entre en seguida, en seguida. (A Alfarella.)

BARC. Ya viene, miradle. (Entra Alfarella.)

RODRIGO. Señor.....

D. PEDRO. ¡Hola, Rodrigo! ¿ya los has traído? ¿qué tal han venido?

ALF. (¡Qué aspecto tiene el Rey!) Acabo de llegar trayendo presos á Alvaro González y Coello, á quienes me mandásteis á buscar á Castilla. El Rey D. Pedro se ha portado como gran amigo de V. A.: me dijo que os hiciera presente la amistad que os profesa.

D. PEDRO. Bien, bien. Traed á González y Coello, ¡pronto! ¡que vengan ahora mismo! (Sale Barcellos.)

ALF. Vienen muy disgustados, apenas han hablado una palabra en todo el camino.

D. PEDRO. ¡Oh! daría mi mejor ciudad por tener en mi poder al otro que se murió, ¡maldita muerte que me le robó! (Entran Barcellos y varios soldados en medio de los cuales vienen A. González y P. Coello.)

## ESCENA XII

Los dichos y A. GONZALEZ, COELLO y soldados.

D. PEDRO. ¡Ah! ¡ah! venid aquí, á ver ¿á quién se le ocurrió la idea de matar á Doña Inés de Castro? ¿quién tuvo aquella ocurrencia tan feliz? (Calla un momento esperando que le contesten. Coello y González no dicen ni una palabra. D Pedro se dirige principalmente á Coello al hablar.) ¡Contestad ahora mismo! ¿Quién fué el que propuso matar á Doña Inés? ¿fué mi padre ó vosotros? (Coello y González siguen callando. D. Pedro pega una bofetada á Coello.)

COELLO. Señor, es una cobardía lo que acabáis de hacer: sois un verdugo, un perjuro traidor.

D. PEDRO. ¡Ah! ¡ah! ven aquí tú. (A un soldado.) Vamos á sacarlos el corazón á uno por la espalda y al otro por el pecho, para variar. ¡Oh! ¡qué cargo tan estimable te doy! ¡vamos! ¡vamos! (Se van todos menos Barcellos, Neiv y Alfarella.)

## ESCENA XIII

BARCELLOS, NEIVA, ALFARELLA; luego D. PEDRO y un soldado.

ALF. ¡Oh! ¡qué lejos le ha conducido el amor que tenía á aquella mujer! ¡Desgraciado Príncipe! ¡Oh! Dios, ¡piedad! ¡piedad para él!

NEIVA. Se ha precipitado por el camino de la venganza y ya no hay freno que le detenga.

BARC. Vamos á ver si evitamos una escena repugnante. (Se va.)

NEIVA. Yo no voy, es inútil. Está como una leona á la cual hayan robado sus cachorros. Cuanto más se le contradiga más se le irrita.

ALF. Jamás ví un hombre tan enfurecido. (Entran por la izquierda D. Pedro y un soldado.)

D. PEDRO. Dí que me sirvan una comida delante de la hoguera donde van á arrojarlos; un banquete como jamás se haya servido en bodas reales. Quiero gozar aquel momento en que suban las llamas arrancando de sus cuerpos. ¡Vete, vete! (Se va el soldado por la derecha y D. Pedro por la izquierda.)

ALF. ¡Aplacad su cólera! ¡oh Dios, aplacadle!

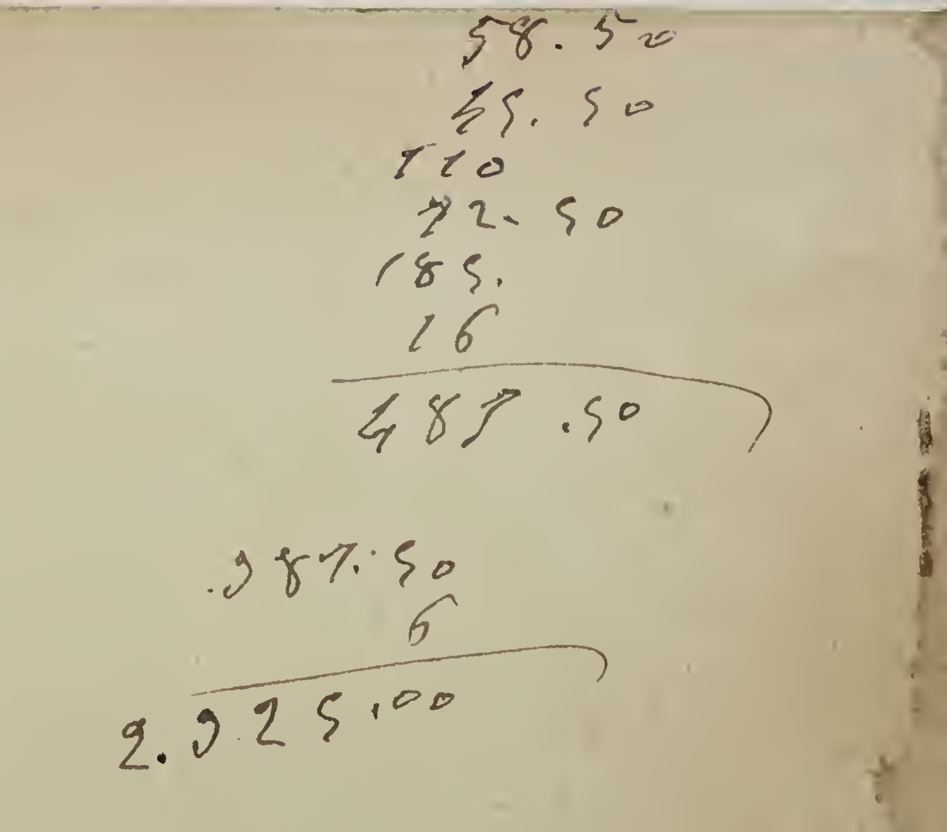
NEIVA. ¡Triste destino el de este Rey que pudo ser el más feliz de la tierra!

ALF. Si yo hubiera sabido su estado de ánimo no habría traído aquí á esos dos hombres. Le hubiera desobedecido. (Entra Barcellos.)

BARC. Ni siquiera quiere oirme. Parece una hiena que no goza más que con sangre. Pone de punta los cabellos el pensar lo que debe estar sucediendo.

FIN

19 de Diciembre de 1895.




2.50
1.75
4.35



2.463
2.325.5
138